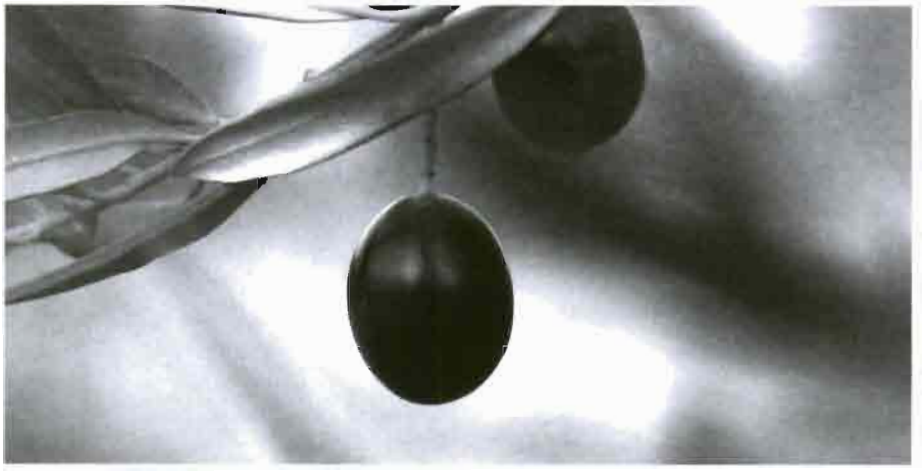
El elixir de la eterna juventud (o casi)



Texto y dibujos: Manuel Pajarón Sotomayor Fotos: Fernando López

No es posible aprender a podar estudiando un libro, por bueno que sea, mucho menos leyendo un artículo. Sólo se aprende en el olivar con la herramienta adecuada en las manos, capacidad de observación y la compañía de alguien que sepa. Así que la intención de este escrito, mucho más modesta, es ofrecer un guión para repasar los conocimientos previos convenientes para enfrentarse a tan delicada tarea

Todos los expertos en olivar, los de ahora y los de antes, coinciden en que es necesario podar los olivos y que es imprescindible para obtener producción. Lo afirman los más prestigiosos especialistas de la actualidad, y lo afirmaban los especialistas de hace veinte siglos, como Columela –aquel romano gaditano del siglo I– que ya recomendaba acordarse del "*antiguo proverbio que dice: Quien ara el olivar le pide el fruto; quien lo estercola, suplica insistentemente el fruto; quien lo poda, lo obliga a que se lo dé*".

Hay una comparación, también antigua, aunque no tanto, que sitúa esta afirmación en su justo término; viene a decir que la relación entre el abonado (o estercolado) y la poda para un olivarero, es comparable a los medios de los que dispone un carretero para aumentar el trabajo de sus animales de tiro: la cebada y el látigo. Una tierra bien abonada equivaldría al pesebre con paja bien revuelta y suficiente cebada, la poda corresponde al latigazo, que efectivamente exige al animal que entregue su esfuerzo. Un buen olivarero debería por tanto considerar la poda como un mal necesario y esforzarse en usarla poco y atenuando en lo posible los daños que origina. En defensa del buen nombre –y de la sensibilidad– del ilustre romano, hay que decir que también añadía que "*el olivar debe podarse con intervalo de muchos años (...) será suficiente hacer esto cada ocho años, para no cortar tan a menudo las ramas que dan fruto*" ("están locos estos romanos", que diría Obélix, y seguro que refrendaría cualquier olivarero de hoy).

Sobre la poda del olivar, o de cualquier árbol, cabe hacerse unas cuantas preguntas, las típicas: ¿cómo? ¿cuándo?; que son desde luego, fundamentales. Sobre la primera y la inutilidad de una respuesta teórica, ya hemos hablado. El cuándo es bastante más sencillo de resolver, por lo menos en parte.

Cuando más frío pero sin que hiele

Al ser el olivo árbol de hoja perenne, no llega a entrar nunca en una fase de reposo total, pero un par de veces al año –cuando más calor y más frío hace– entra en periodos de relativo descanso, que son los más adecuados para dar los cortes que exige la poda. Se debe podar en el periodo de reposo vegetativo invernal, tras la recolección, por razones evidentes (así que en nuestra latitud nos vamos a Febrero o Marzo), evitando cortar en días de helada. Cuanto antes se haga menos problemas de barrenillo tendremos. De cualquier forma habrá que evitar que se meta la primavera y con la subida de la savia las cortezas se despeguen. En el verano también se hace una cierta poda, eliminando los chupones (varetas, pestugas, etc.) de la

peana y de otras partes del árbol, lo que es recomendable coincida con la parada, también relativa, de agosto.

En cuanto a la frecuencia con la que podar es bastante más peliaguda, y se encuentran opiniones y costumbres para todos los gustos. Columela recomendaba podar cada dos años bisiestos, en el otro extremo hay quien recomienda la poda anual. Lo más extendido, en las comarcas olivareras tradicionales, son las podas cada dos, tres o cuatro años; aunque es cierto que los ensayos que se han efectuado comparando las producciones de olivos podados con distintas frecuencias vienen, más o menos, a dar la razón a nuestro antepasado romano (a lo mejor no estaban tan locos).

¿Es de verdad tan necesario podar?

En la Naturaleza los árboles no se podan, crecen libremente, se desarrollan armónicamente y dan fruto con normalidad. Una vez que alcanzan un determinado tamaño mantienen su forma y su volumen a través de los años, sin apenas variaciones. Todos conocemos muchos casos. Magníficos ejemplares de árboles aislados, gigantes vegetales, (por cierto, si tiene un solo olivo y suficiente espacio, no se esfuerce en podarlo, deje que crezca, que extienda sus ramas y se haga hermoso), y también conocemos árboles agrupados de formas desiguales y tamaños variados que, con bastante frecuencia, no nos dejan ver el bosque.

Los árboles, el olivo entre ellos, como muchos otros seres vivos, pasan a lo largo de su vida por varias fases: una primera –infantil, utilizando la misma terminología que para el desarrollo humano– en la que predomina el crecimiento; la segunda, juvenil, en la que continúa el crecimiento, pero en la que la reproducción –formación de flores y frutos– empieza a tomar preponderancia; una tercera, sin solución de continuidad con la anterior, la adultez, en la que el crecimiento y la reproducción se equilibran y se atenúan levemente; para llegar a la vejez, cuando se inicia el decaimiento vegetativo y reproductor, hasta terminar con la muerte. Al olivarero le interesan las fases segunda y tercera, pero más la segunda, pues ese afán por reproducirse –que a los humanos nos causa tanto gozo y tantas penas– en el olivo se traduce en producción de aceitunas.

Cómo crece un olivo

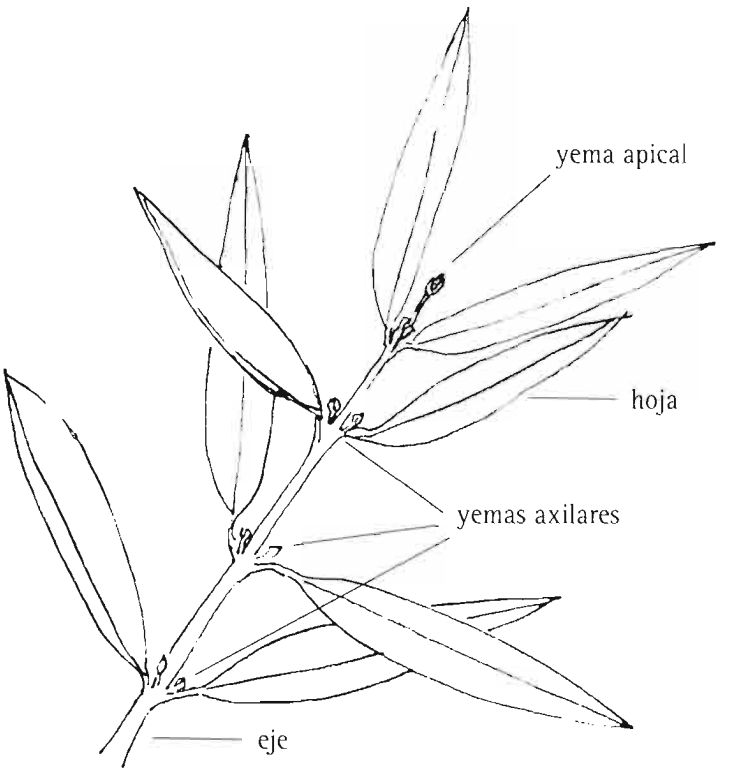
Antes de entrar en aspectos concretos de la técnica de la poda del olivo es importante recordar algunos detalles importantes sobre el funcionamiento de este árbol, aquellos que se refieren a su forma de crecer, especialmente. Porque la ciencia de la poda en el olivar no está sólo en lo que se suprime, sino, y sobre todo, en lo que se va a poner en su lugar.

En los olivos las hojas no crecen solas. Salen ordenadamente a los lados de los tallos nuevos o brotes, y ahí permanecen durante los tres años que duran. Una vez que se han desprendido, la rama –con tres años, también– se queda desnuda de hojas, vestida solamente con los brotes que haya sido capaz de arrojar en ese tiempo.

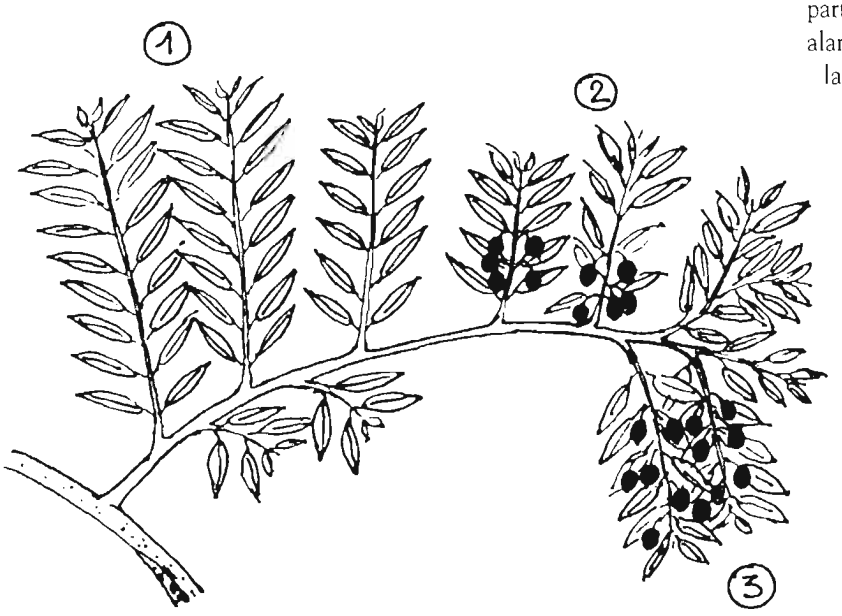


Cortes de chupones en el pie del olivo

Los vegetales crecen exclusivamente a partir de tejidos especializados, y en la parte aérea los hay de dos tipos: el conocido como *cambium*, responsable del crecimiento en



Tallo de 2º año
en el inicio de la brotación
de las yemas



Formaciones vegetativas del olivo
1. Ramos de madera
2. Ramos mixtos
3. Ramos de fruto

(Tomado de Cristóbal de la Puerta, 1969)

grosor de las ramas, que es una capa continua de células que se sitúa bajo la corteza y genera capas de vasos conductores hacia dentro y corteza hacia fuera, y que cuando está en plena actividad –en la primavera y al final del verano– hace que la corteza se desprenda fácilmente, se despegue al cortar, pues los tejidos recién formados están muy tiernos y sin consistencia. Y las yemas, responsables del crecimiento en longitud, que dan lugar a nuevos tallos.

Las yemas guardan en su interior el esbozo del futuro tallo, si son "yemas de madera", y la futura inflorescencia si son "yemas de flor" –en un principio todas las yemas son iguales, y una flor es un tallo que se especializa para la reproducción, pero esto es otro tema–. En el esbozo de ese tallo futuro está no sólo el eje, la ramita, sino también las futuras hojas y las futuras yemas. Cuando una de estas yemas se desarrolla, se forma un brote –más o menos largo– con su tallo y un par de hojas en cada nudo, y en cada nudo también, junto a la base del peciolo (rabillo) de cada hoja, un par de yemas, que por estar situadas en ese especial ángulo, entre el peciolo de la hoja y el tallo, se llaman "axilares" (de axila). En el extremo de este brote hay otra yema más, esta va de non, y se le llama "apical" (porque está en el ápice, la punta). Cualquiera de estas yemas es capaz –a su debido tiempo, que suele ser en la primavera siguiente– de dar un nuevo tallo, que llevará otra vez de todo, eje, hojas y yemas. De todo esto, lo que es verdaderamente importante es comprender que sólo a partir de una yema es posible desarrollar un tallo nuevo o alargar el que hay. El resto de las células de la rama o de las hojas es incapaz de reproducirse y generar tejidos nuevos, como regla general (ya veremos que tiene sus excepciones, como todas las reglas).

Las yemas pueden desarrollarse en esa primera ocasión o no, y el que lo hagan y el vigor que muestren dependerá de su posición sobre el nuevo tallo (más cerca o más lejos de la punta), de la posición y de la inclinación de éste, y del vigor del árbol o de la rama. En muchas especies de árbol las yemas tienen una única oportunidad, y si no la aprovechan se pierde para siempre. En el olivo el asunto no es tan estricto, algunas de estas yemas no desarrolladas se quedan dormidas, y embutidas en la rama, que va adquiriendo grosor, dejan de verse, pero permanecen a la espera, hasta que un buen día un estímulo adecuado –en forma de variación en el flujo de savia, o lo que sea– la saque de su latencia, y de una rama gruesa de corteza rugosa, a todas luces inerte, brote un nuevo tallo.

Al parecer, en el olivo además de las yemas dormidas, también se forman yemas adventicias –o sea, que aparecen donde nadie las espera– a partir de células con capacidad reproductora que quedaron por ahí, o que se generan en determinadas situaciones. El caso, y lo que importa, es que en el olivo se pueden obtener nuevas brotaciones, y por tanto nuevas ramas, a partir de madera (el tronco o las ramas) de tres o más años, incluso de muchos más años, siempre que se mantenga viva (con circulación de savia).

Las captadoras de energía solar

En el olivo, como en todas las plantas, las hojas son los órganos que captan la energía para mantener el árbol y producir la cosecha. Y esta captación depende directamente de la superficie total expuesta al sol, a más superficie mayor cantidad de energía fijada. Por otra parte, cuanto mayor sea la copa de un árbol mayor será la cosecha que pueda portar. Ambas proposiciones tienen una limitación evidente, a mayor superficie foliar, y a mayor volumen de copa, corresponde mayor actividad y mayor transpiración, o lo que es lo mismo: mayor consumo de agua y de nutrientes. Así que se plantea una necesidad de control –a ejercer mediante la poda–: conseguir el máximo de volumen de copa y de superficie foliar expuesta al sol, adaptada a las condiciones ambientales de cada olivar.

Copas rejuvenecidas, con el volumen adaptado al medio, ventiladas (para evitar plagas y enfermedades), y extendidas, con superficies de hoja amplias y bien soleadas, es lo único –nada más y nada menos– que debe perseguir una buena poda, lo único que justifica su ejecución, parece.

La poda de formación

La fase de crecimiento sin producción –la infancia del olivo– hay que pasarla para alcanzar la siguiente, y lo conveniente debería ser acortarla tanto como sea posible, o por lo menos no prolongarla más de lo necesario. Si la planta forma nuevas ramas, y alarga y engrosa las que tiene, buscando su tamaño ideal, a su ritmo, primavera a primavera, cualquier intervención que suprima estas ramas o parte de ellas, supondrá un retraso. No sólo porque eliminamos lo que ha construido con esfuerzo, sino también, porque las ramas eliminadas eran portadoras de hojas, que trabajaban fijando energía para el crecimiento de todo el árbol, y muy especialmente de las raíces más activas, que al dejar de recibir savia elaborada (energía) detienen su crecimiento y su trabajo, deteniendo el aporte de agua y minerales, y por tanto el crecimiento de la parte aérea. Por eso antes de ponerse a cortar hay que plantearse, muy seriamente, qué se pretende conseguir con la poda, cuáles son sus objetivos, y en tanto no se tengan claros, estarse quieto. (Al carretero, muchas veces, le basta con restallar el látigo en el aire, al olivarero me temo que no...)

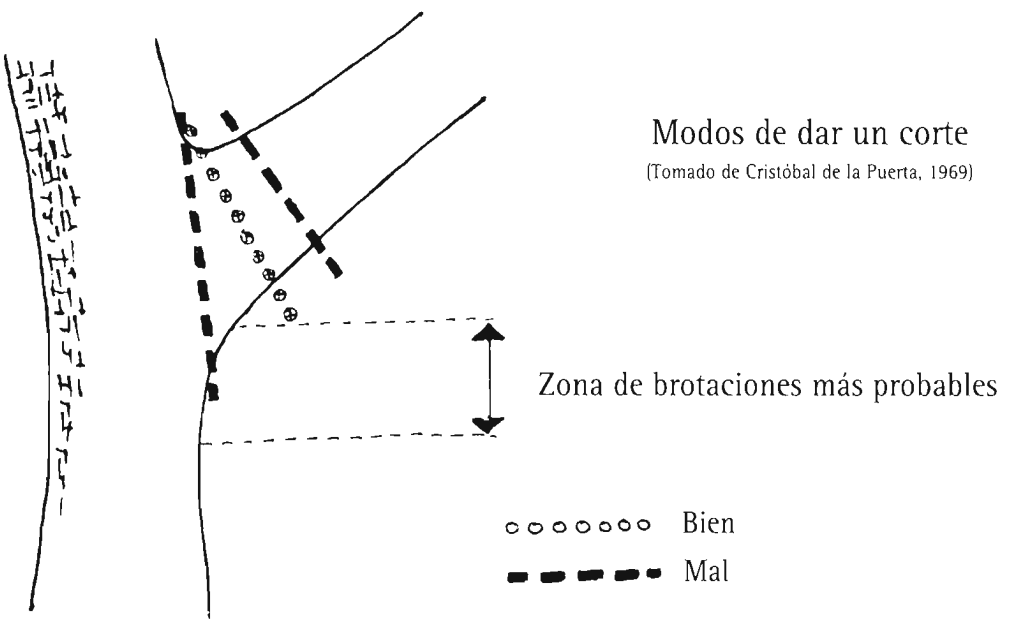
La poda de formación, que se efectúa durante el periodo infantil y juvenil inicial, suele hacerse para conseguir árboles con formas cómodas para su manejo. Habrá que decidir, antes de empezarla, a dónde se quiere llegar, qué forma –dentro de las posibles– queremos para nuestros árboles, y escoger con acierto el momento –ni muy temprano, ni muy tarde–, y el ritmo. Pero el ritmo es un tema que merece atención por sí solo, quizás otro día...

La poda de formación, que se efectúa durante el periodo infantil y juvenil inicial, suele hacerse para conseguir árboles con formas cómodas para su manejo

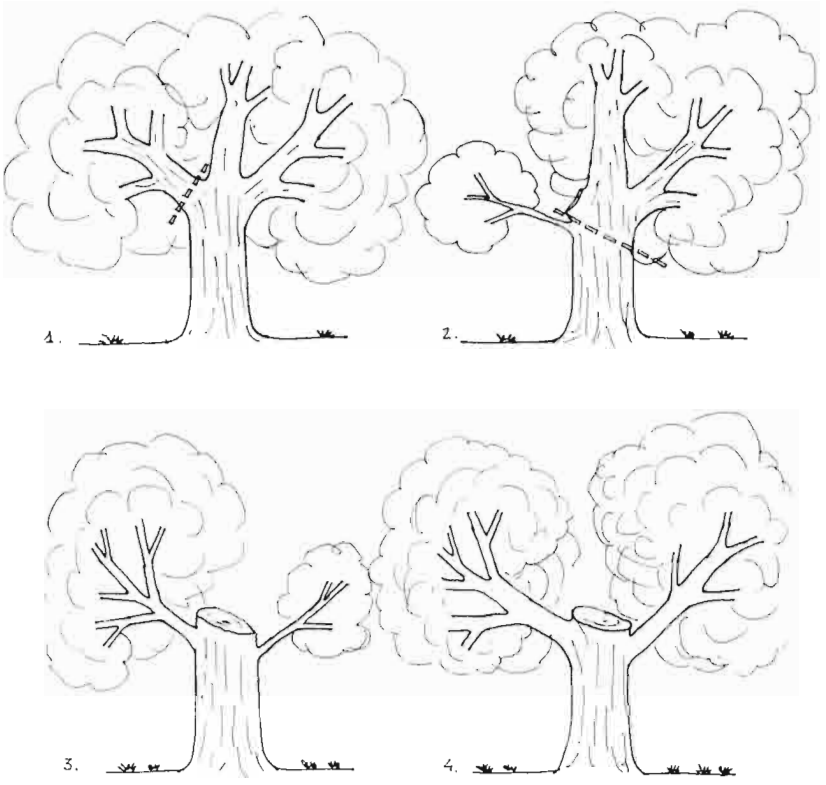
La poda de producción

En algunos frutales se habla de la poda de producción, aquella que se realiza en los árboles jóvenes y adultos para favorecer la formación de brotes portadores de yemas de flor y obtener más o mejor producción. El olivo fructifica sobre los brotes del año anterior, independientemente de su situación o su tamaño –excepción hecha de los chupones–, y siempre que haya un crecimiento medianamente equilibrado, habrá posibilidad de obtener una buena floración y la fructificación consiguiente.

Con árboles bien formados, una vez que se ha iniciado el periodo productivo –ya no es un olivo niño– cuanto menos se corte mejor. Pero, hay que ir buscando la mejor iluminación de la copa y facilitar la recolección. La tendencia natural del olivo a formar copas esféricas es contraria a la conveniencia del olivarero, pues la esfera es la forma que presenta la menor superficie externa para un mismo volumen, y como para trabajar las hojas necesitan estar al sol, cuanta mayor superficie externa tenga un árbol, mayor capacidad productiva tendrá. Así que habrá que perseguir –sin obsesionarse– que el olivo tenga formas lobuladas, que presenten la mayor superficie externa posible. Por otra parte, para facilitar la recolección, sea como sea, es conveniente que la cosecha esté situada en la parte exterior, y que todas las ramas sean accesibles, para su ordeño, para el vareo, o para su vibración. Si para recoger la aceituna hay que entrar a cada olivo como si se tratase de la selva tropical virgen, la operación se alarga y se encarece de forma desmesurada.



Modos de dar un corte
(Tomado de Cristóbal de la Puerta, 1969)



Renovación completa en dos fases de un pie (de un olivo de tres pies) con tres ramas principales

Para lograr esto se cortan las ramas que quitan la luz a otras, especialmente los chupones (que tampoco son siempre malos) –esas ramas verticales que tienden a llevarse gran cantidad de savia y a dominar sobre la rama que los soporta–, así como las ramas excesivamente bajas, y por supuesto, aquellas dañadas por las labores o por las plagas.

Los cortes deben darse de tal forma que eliminen ramas enteras, ramas en este caso de tercer o cuarto orden (tocar las ramas principales es otra historia), cortando por su inserción en la rama de la que brotaba. En el olivo, como norma general, no se practican "cortes de rebaje", que eliminan sólo una parte de la rama, sino "cortes de aclareo", que eliminan la rama en su totalidad, desde el punto en que se separa de la rama de orden superior (o del tronco, en el caso de una rama primaria). En la figura de la página 49 se presentaba la forma correcta de realizar estos cortes.

Para realizar una buena poda de producción hay que poner especial cuidado en dos aspectos: se debe mantener el equilibrio entre las ramas principales, en cuanto a los volúmenes de copa que portan y su distribución; y hay que evitar los aclareos excesivos, que eliminan demasiada hoja, con la consiguiente pérdida de cosecha, en el mejor de los casos, pues la desprotección de las ramas, y su exposición directa al sol, acelera el envejecimiento.

La poda de renovación

Entonces si la poda de producción no es gran cosa y la de formación hay que tomarla con precaución y es muy limitada en el tiempo, ¿cuál es la poda que resulta imprescindible?, ¿por qué cada año se movilizan, en las comarcas olivareras, ejércitos de podadores bien pertrechados con sus modernas y ruidosas motosierras?

Los olivos son árboles muy longevos –se conocen olivos milenarios y muchos de los que están en producción son ya centenarios– pero, antes o después alcanzan la vejez y los árboles envejecidos no producen (como no sea calor en la chimenea).

La duración de cada una de las fases descritas para la vida de un olivo depende de muchos factores (las condiciones de clima y suelo; las características genéticas de la planta, las varietales y las particulares; los cuidados que va recibiendo; las plagas y enfermedades que sufren), pero es el tiempo físico quien las determina en definitiva, inexorablemente.

¿Existe para ellos el elixir de la eterna juventud?

Una diferencia fundamental entre un olivo joven y uno viejo es la proporción entre la superficie total de hojas y la cantidad de madera. Los olivos jóvenes tienen muchas más hojas, por unidad de madera, que los viejos, una relación hoja/madera más alta. Y esto ni es bueno, ni es malo, es, simplemente. Los árboles, todos, según van creciendo van acumulando madera, biomasa inerte –pero no inútil, pues le proporciona al árbol un status especial– y la superficie de hojas (activas, productivas, fijadoras de energía solar) que al principio crece, mientras va ampliándose la copa, termina por estancarse cuando alcanza el porte definitivo. En los árboles la madurez supone un descenso en la relación entre productividad y biomasa. Con la edad la producción decae.

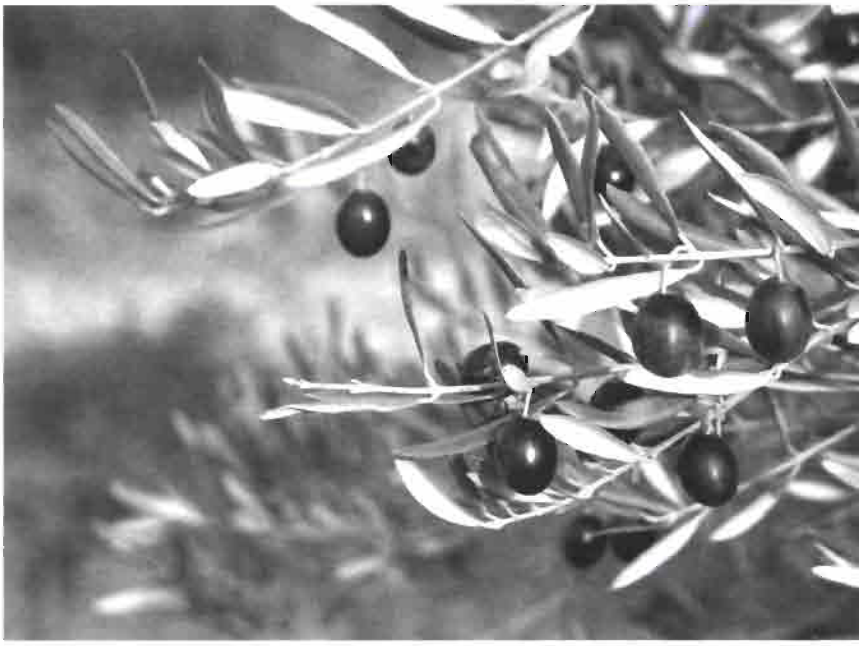
Contra el paso del tiempo no hay remedio, salvo uno bastante drástico: se arrancan los árboles viejos y se plantan otros jóvenes, y vuelta a empezar. Es una solución que, aunque parezca mentira, tiene sus partidarios entre los técnicos de vanguardia. Pero, en algunos árboles –el olivo entre ellos–, como en algunos ecosistemas, es posible recuperar la disminuida relación productividad/biomasa, cortando la madera que sobra, suprimiendo ramas o partes de ramas. Esto resulta fácil sobre el papel, pero a la hora de llevarlo a cabo, resulta que es imposible quitar madera sin quitar hojas, y hay que elegir bien la rama a eliminar. Es difícil, pero se viene haciendo con acierto en algunas comarcas, desde tiempo inmemorial.

Esta técnica de eliminación de la madera sobrante se conoce como poda de renovación del olivar. Aquella que recomendaba Columela hace dos mil años recordando a los –para él– antiguos, y la que recomiendan ahora técnicos y agricultores. Por cierto, en la Sierra de Segura,

ahora, a principios del siglo XXI, los olivareros resumen esta técnica con casi las mismas palabras que, a principios del siglo XVI, empleaba Alonso de Herrera en su libro Agricultura general: "*Quieren siempre las olivas estar en lo nuevo, que es más sano, y más fructífero, y de más medrado fruto, que el árbol o ramas viejas dan poco fruto, y desmedrado*". Algunas cosas cambian poco con el tiempo...

Cuanto más dure el periodo productivo, la fase de joven y adulto, mejor. Y a ello se puede contribuir –y no poco– con estas intervenciones de poda discretas, también con los demás cuidados culturales, en su justa medida, sin excesos ni carencias. Pero, el tiempo no pasa en balde y, antes o después, se hará necesario empezar con la renovación. ¿Cómo se sabe que este día ha llegado? A su manera, los olivos empiezan con los achaques, con síntomas bastante claros de lo que técnicamente se llamaría "depresión vegetativa": escaso crecimiento de los brotes del año (donde debe ir la cosecha del año siguiente), hojas pequeñas y amarillentas, defoliación (pérdida de hojas) en la zona interior. La longitud del brote del año es muy variable, varía con los años, es distinta entre árboles de un mismo olivar, y entre las ramas de un mismo olivo, pues no es igual el vigor en todas ellas, así que su disminución, al envejecer, aunque es relativa suele ser evidente.

La renovación de una rama (su eliminación para criar otra) hay que preverla con tiempo para hacer posible la sustitución. Esta previsión se debe concretar en dos acciones: la primera es ir descargando la rama a sustituir, quitándole parte de su ramaje y rebajándola para hacer sitio a ramas vecinas que ocupen ya el espacio que va a quedar libre, de manera que cuando se suprima no quede un gran vacío. La segunda exige aún mayor previsión, pues se trata de conservar las brotaciones –procedentes de yemas latentes o adventicias– que vayan saliendo en la base de la rama o en el tronco por debajo de su inserción. Si no las hubiera, o se han eliminado –por imprevisión, lo que es bastante frecuente, sobre todo cuando el "desvareto" lo realizan personas diferentes de las que hacen la poda–, o las que hay son débiles o mal implantadas ("pegadizos" les llaman en Jaén, por la facilidad con que se desprenden con un simple tirón), es posible provocar su aparición mediante una "incisión" (un corte realizado con la motosierra por debajo de la inserción de la rama). Con este corte se provoca una variación en el flujo de savia que estimula la brotación de las yemas, donde las hay, claro. D. Juan Miguel Ortega Nieto (a quien debemos casi todo en este tema) escribía –con la claridad de costumbre– refiriéndose a estas nuevas brotaciones para formar una nueva rama: "*No nos debe importar mucho la altura a que debe constituirse; lo fundamental es que dichos brotes sean fuertes, puedan tener espacio para desarrollarse; esto es fácil de apreciar a simple vista. Además suelen estar en relación vertical con los cordones o venas de que hablamos*".



El Sr. Ortega se refiere a los "cordones de savia", esas formaciones tan características de los olivos, que sobresalen de los troncos añosos de estos árboles, desde su peana hasta la inserción de las ramas principales, como venas hinchadas gigantes, de corteza tersa y del color gris de las ramas jóvenes. Y que son conjuntos de vasos conductores de savia, muy activos, que mantienen una conexión muy directa entre partes del sistema radicular y parte de la copa, de forma que es bastante aproximada la idea popular de que cada raíz principal alimenta a una rama de su misma categoría.

El arte del equilibrio

La poda en el olivar es el arte del equilibrio. Equilibrio entre la naturaleza del árbol y la necesidad del olivarero; equilibrio entre la cantidad de hoja y la cantidad de madera; equilibrio entre la parte aérea –la copa– y la parte subterránea (la relación hoja/raíz) que es preciso mantener; equilibrio entre luz y sombra, la imprescindible iluminación para las hojas y el necesario sombreamiento de las ramas; equilibrio entre ventilación, conveniente para evitar plagas y enfermedades, y frondosidad –abundancia de hojas y tallos jóvenes productores–; equilibrio entre las distintas ramas que conforman el esqueleto del árbol; equilibrio entre cosechas sucesivas (la poda debe colaborar a atenuar la vecería evitando cargas excesivas, mediante intervenciones en los años que se espera cosecha fuerte y no al revés, como es frecuente hacer); equilibrio entre precisión y economía, la poda no puede ser –como ninguna otra labor– excesivamente costosa. Lo del equilibrio no es fácil, no se improvisa, cada olivar tiene su punto, y hay que buscarlo, se prueba, se va ajustando, y un buen día se encuentra, como cuando se aprende a montar en bicicleta (que también es cuestión de equilibrio). ■